



LAS CRÓNICAS DE JOSÉ NGENIEROS

en La Nación de Buenos Aires (1905-1906)

Cristina Beatriz Fernández
Editora



ON 6 PAGINAS 6 14

GO M
O FUTURO

noviembre d
A NACIÓN:
ga, el homb
uerza y la
Si fuera h
ricos dismos
de el poble
ne especial
re Bonnar
era superfic
Tarde. Per
nyor.
npietament
e una cara
lucirse que
n astro. S
el tiempo e
Nórdau, N
sonriente e
is paradoja
afectuosa
superiorida
an con la e
Frecuent
ayeres at
el pcedido
e es una l
exponente
homenaje
eran ser, s
a pretens
disciplada
ó imitad
nación cie
activo; dis
después
ue este ap
no es un
da, ni es r

Editorial Martin

Universidad Nacional de Mar del Plata

El hombre es un ser vivo; lo mismo que los demás seres vivientes, tiene necesidades que satisfacer, necesidades elementales e indispensables: la vida, la reproducción y la vida de la especie (el amor). El hombre, considerado como especie biológica, no tiene misión alguna que desempeñar en el universo, como no la tienen los peces o las malas hierbas. El ser que pone en juego su actividad en la vida de sus necesidades; la conciencia de su existencia, el móvil de su acción, individual y colectiva. La misión del genio en la historia consiste en comprender las necesidades de su pueblo y de su tiempo; el genio puede tener conciencia de las necesidades de toda una raza y gozar su satisfacción. La multitud puede tener conciencia de sus propias necesidades; en uno u otro caso es el instrumento ciego o consciente del hombre que guía.

En la teoría general de Nórdau puede separarse dos elementos.

El primero—que es su punto de partida—concuerda con las ideas comunes de los partidarios del economismo clásico, entendido en su más amplia acepción; pone las necesidades materiales de la vida como único móvil de la actividad humana, prescindiendo de toda trascendencia.

El segundo—que es su punto de partida—tiene un carácter de una interpretación colectiva de la vida, que es su punto de partida. El segundo—que es su punto de partida—tiene un carácter de una interpretación colectiva de la vida, que es su punto de partida. El segundo—que es su punto de partida—tiene un carácter de una interpretación colectiva de la vida, que es su punto de partida.

Se titulará «El sentido de la historia» y constará de dos tomos, escritos ya en gran parte. Aparecerá dentro de un año. Nórdau cree que las historias se encuentran en un período semejante al de la actualidad.

Índice

NOTA PRELIMINAR	7
CRITERIO DE LA EDICIÓN	13
UN IMPUESTO DE LA BELLEZA	15
SAN VICENTE	21
UN CÓNCLAVE DE PSICÓLOGOS	33
LOMBROSO Y LOS HOMBRES POBRES	43
ÚLTIMAS NOTAS DE UN CONGRESO	53
LA TEMPORADA LÍRICA DE MASCAGNI	67
EL SOCIALISMO EN ITALIA	77
SOBRE LAS RUINAS	99
SOBRE LAS RUINAS II	111
LA TEATRALIDAD JUDICIAL EN ITALIA	121
VENECIA	131
LOS AMANTES SUBLIMES	145
ESCAPULARIOS Y EGLANTINAS	157
LA TUBERCULOSIS	167
LA MORFINA EN ESPAÑA	175
MI AMIGO MAX	181
LA ESCUELA DE LA FELICIDAD	189
SILUETAS	197
UNA HORA DE EMOCIÓN	205
EL SEÑOR CERO-A-LA-IZQUIERDA	213
Y LA POLÍTICA FRANCESA	213
LA ENFERMEDAD DE AMAR	221
LA CRISIS DEL SOCIALISMO EN ITALIA	227
EL OCASO DE UNA GLORIA	233
CRÓNICA FLORENTINA	241
LAS FATIGAS DE UN HUELGUISTA	249
ALEGRÍAS ELECTORALES	255
EL IMPERIALISMO	263
LOS ESTUDIOS MÉDICOS EN BERLÍN	273
EN LA SORBONA	279
LA TRANSMISIÓN DEL PENSAMIENTO	287
PSICÓLOGOS FRANCESES	293

NOTA PRELIMINAR

Historia de los textos

El 30 de abril de 1905 apareció, en las páginas del diario *La Nación* de Buenos Aires y a continuación de un escrito firmado por Enrique Gómez Carrillo, la primera de una serie de crónicas remitidas, desde Europa, por José Ingenieros –quien todavía firmaba con la forma original de su apellido, que luego castellanizó. Había partido ese mismo mes, para asistir como representante argentino al V Congreso Internacional de Psicología, que tendría lugar en la ciudad de Roma. Asimismo, se le había confiado el estudio de los sistemas penitenciarios europeos, con miras a una modernización de los mecanismos de reclusión penal en la Argentina. Durante su periplo europeo, que se extendió hasta octubre de 1906, redactó una serie de «correspondencias», a pedido del entonces director del diario, el ingeniero Emilio Mitre.

Tiempo después, esas crónicas fueron recogidas, aunque con variaciones textuales, supresiones y agregados, en los libros *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte*, publicado por la casa valenciana Sempere en 1906,¹ y *Al margen de la ciencia* (Bs. As., Lajouane y Cia., 1908).² También en el octavo volumen de las *Obras completas* del autor, que terminó de compilar Aníbal Ponce según las indicaciones del propio Ingenieros, aparecen bajo el título de «Crónicas de viaje». Como ocurre en los casos antes mencionados, esta edición tampoco incluye todas las crónicas publicadas inicialmente en *La Nación*.

Estas variaciones textuales no son, por cierto, exclusivas de las crónicas de viaje. Por el contrario, es un rasgo de la producción intelectual de Ingenieros la reformulación de sus ideas y la reescritura constante de sus textos, al punto de que Gregorio Weinberg, al prologar el tomo de las obras completas dedicado a su obra filosófica, ha lamentado «la falta de un estudio crítico que analice en todos sus detalles las variantes de los textos de Ingenieros, sometidos siempre a reelaboración y ajuste.»³ Ese problema señalado por Weinberg es altamente visible en relación con el corpus de textos que presentamos acá, textos que no sólo fueron reformulados sino, en algunos casos, completamente excluidos de los libros posteriores del autor, como ocurre con tres de las crónicas publicadas en *La Nación*: «La tuberculosis», «La crisis del socialismo en Italia», «La transmisión del pensamiento». Entre esas adiciones y supresiones señalamos la aparición, en *Italia*, de la crónica «Jesús y Federico», recogida en los libros posteriores pero que no encontramos en *La Nación*, dedicada a las figuras de Jesucristo y Nietzsche. En AMC se incluyen, a su vez, varias crónicas que no están en el diario ni en *Italia*: «Elogio de la risa», «Las manos de Eleonora Duse», «La vanidad criminal», «El vagabundo ilustre», «Sobre psicología musical» y dos discursos, pronunciados en ocasión de haber obtenido el Premio de la Academia de Medicina a la mejor obra científica publicada en el país –el libro producto de su trabajo de tesis en medicina, *Simulación de la locura*– y en el banquete que se le ofreció al regresar al país en 1906.

En cuanto a la edición de las crónicas que integra las obras completas, también ofrece variantes y supresiones respecto del diario y las primeras ediciones en libros. Entre ellas destacamos la ausencia de la crónica sobre «Las manos de Eleonora Duse» así como de las tres que consignamos arriba como publicadas únicamente en el diario. Por otro lado, esa edición ofrece las crónicas totalmente reorganizadas en relación con las versiones previas, puesto que se divide en cinco apartados cuyo contenido varía desde una sola hasta doce crónicas: «Elogio de la risa», «Italia», «Los psicólogos y la psicología», «Al margen de la ciencia» y «Dos discursos».

El viajero estudioso

Las crónicas aparecen usualmente en las páginas tres, cuatro o cinco del diario —cuyos ejemplares tenían entre dieciséis y veinte—, tras los anuncios clasificados y antes de la sección «Telegramas (de nuestros corresponsales)» que sintetizaban la actualidad nacional e internacional.⁴ En la sección destinada a las crónicas hay, a su vez, una subdivisión, pues podemos notar, en primer lugar, la crónica de autor, firmada y encabezada como una carta al director, y, en segundo término, generalmente bajo el subtítulo de «Crónica general», noticias más amplias que los escuetos telegramas pero no firmadas y que informan sobre temas de actualidad: análisis de la guerra ruso-japonesa, epidemias varias, terremotos, detalles de los progresos materiales en distintas regiones argentinas, la muerte del general Mitre en 1905 y los avatares de la colecta pública para erigirle un monumento en 1906, sinopsis de las sesiones de las cámaras de diputados y senadores, novedades de la temporada veraniega en Mar del Plata y del acontecer político y universitario de la ciudad de La Plata, que tenía un corresponsal permanente.

La fecha de los textos de Ingenieros no se condice, obviamente, con la de publicación, lo cual se debe, presumiblemente, a los ritmos del correo transatlántico. Por ello encontramos períodos de relativo silencio y luego una seguidilla de crónicas con intervalos semanales o de pocos días. Los límites de espacio impuestos a este tipo de textos en el diario han debido influir, es de suponer, en la selección y reorganización del material a publicar. Así tenemos, por ejemplo, las crónicas tituladas «Sobre las ruinas» I y II, publicadas con un intervalo de cuatro días y que quizás constituyeron, en la redacción original, una sola crónica, editada en dos partes por el periódico, o la desaparición de párrafos enteros que aparecen en la versión de *Italia* y que no aparecieron en *La Nación*, a pesar del hecho significativo de que se hace en ellos alusión directa al lector del diario. Eso es visible, por ejemplo, en la crónica «Últimas notas de un congreso» en que encontramos, en la versión de *Italia*, la frase: «Se leyeron allí muchos trabajos interesantes, demasiado técnicos para ser referidos a los lectores de *La Nación*», alusión a los receptores previstos en el diario que, curiosamente, no aparece en la versión de la crónica publicada en sus páginas. El hecho de que esa frase no haya aparecido en la versión del diario y sí en el libro publicado en España permite conjeturar que integraba la redacción original del texto enviado por Ingenieros, que fue recortado para ajustarlo a la disponibilidad de espacio del diario. Estos destiemplos y la brevedad impuesta al género no obstan, sin embargo, al efecto de actualidad y referencialidad que configura

el ángulo más periodístico de la crónica.⁵

Pero, por otro lado, es frecuente en estas crónicas la irrupción de una retórica plena de imágenes y un culto preciosista del lenguaje al mejor estilo del modernismo. Al decir de Max Henríquez Ureña, aunque Ingenieros «no fue, propiamente hablando, un literato», se advierte, en estas crónicas que nos ocupan, «el empeño de hacer literatura».⁶ Ese empeño se evidencia, a nuestro juicio, en una preocupación por la estilización del discurso de la crónica que busca diferenciar a su enunciator del mero *reporter*, como lo han señalado, estudiando otros autores latinoamericanos del período, Julio Ramos y Susana Rotker.⁷ Esa preocupación por el estilo se conjuga, asimismo, con una ideología de base científicista, lo cual lleva al sujeto de estas crónicas a delinearse como un observador formado en las ciencias médicas y naturales –en clara sintonía con su rol de emisario en un congreso científico– que trata de extrapolar a todos los objetos que su mirada analiza y su lenguaje representa, una matriz interpretativa tomada de las doctrinas evolucionistas. De ahí que, *naturalmente*, Ingenieros configure un mapa ideológico en que *progreso, modernidad, civilización, ciencia, trabajo (estudio), productividad* adquieren el rango de valores. Sin embargo, el proceso coetáneo de escisión de los saberes y la consecuente especialización lingüística de cada campo del conocimiento, también limitaban sus posibilidades de divulgación, como lo demuestra la frase antes citada en que el carácter «demasiado técnico» de ciertos trabajos los hacía incomunicables para el lector previsto.

Simultáneamente, ese sujeto se exhibe como un *connaisseur* verdadero, no improvisado, del *buen gusto* y de la tradición cultural europea y nacional. Es así como la visita a los distintos lugares reseñada en las diversas crónicas, desde hospicios para alienados hasta museos y plazas de toros, es reinterpretada bajo un prisma culturalista muy propio de la estética modernista, que colabora en asignarle densidad simbólica a los espacios y personajes representados. Por otro lado, el sesgo autobiográfico presente en estos textos –inevitable dado el ángulo de inmediatez testimonial que adopta el sujeto escriturario en relación con el mundo referido– llega a una exhibición de la emoción, la sensibilidad, el orden afectivo, que se exagera hasta poner en escena la interioridad sentimental de un personaje que bien podría ser ese artista «que viaja de incógnito» en el Sirio y que es «el que más disfruta [y] el que menos paga el impuesto» del mareo, pues se dedica a contemplar el mar desde la perspectiva privilegiada de una sensibilidad superior de artista que, en la huella del romanticismo, encuentra su igual en la magnificencia de la naturaleza. En consonancia con esto, su visión de los espacios y los objetos de arte, así como de los espectáculos y los acontecimientos sociales, se ve mediatizada por experiencias previas de lectura que lo llevan a transformar los lugares que visita en verdaderos «paisajes de cultura».⁸

Ciertamente, Ingenieros se construye como un viajero que no sólo vive desde la sincronía la experiencia de la modernidad sino que puede evaluar, diacrónicamente, a través de su saber estético-literario y su conocimiento científico, lo que esa modernidad europea, con la que entra por vez primera en contacto directo, significa. De ahí que se lo pueda ubicar en la categoría de «viajero estudioso» que, en la primera de las crónicas titulada «Sobre las ruinas», opone a la del «viajero ingenuo», arquetípicamente representado por un «tranquilo burgués» sin más intereses que los de un «simple turista».

Frente a la forma superficial de viajar y conocer de este último, se erige la del observador estudioso, científico, culto en sentido amplio, impregnado de los valores modernos y que, al efectuar una arqueología de los múltiples sentidos y temporalidades inscriptos en los espacios visitados, está en condiciones de extrapolar el desenvolvimiento futuro de esa etapa del proceso histórico de la civilización occidental –remitimos, al respecto, a crónicas como «El imperialismo».

Un breve repaso por las cuestiones abordadas en las crónicas nos permitirá señalar tres grandes ejes temáticos: el arte, la ciencia, la política. Respecto del primero, destacamos algunas crónicas como las dedicadas a la temporada de ópera en Italia, la visita a los sitios arqueológicos y la admiración del arte antiguo, así como la descripción de la arquitectura de las ciudades o las reflexiones suscitadas por el arte moderno en exposiciones como la que tuvo lugar en Venecia. Una crónica en la que se reseña una corrida de toros en Madrid –espectáculo que el propio cronista considera regresivo pero que defiende en términos estéticos–, y otra sobre la placentera y estimulante experiencia de un jugador en el casino de Montecarlo, bien podrían entrar en esta categoría que aúna el arte con la dimensión del espectáculo.

En cuanto a la ciencia, se halla representada, en primer término, en las crónicas que reseñan la actividad del congreso de psicología. En este punto vale la pena aclarar que la primera de esas crónicas es la única que aparece acompañada por una fotografía en la que posan los asistentes al congreso, con Lombroso, Ferri e Ingenieros, entre otros y en primera fila. Crónicas destinadas al estudio del sistema judicial italiano, a un congreso sobre la tuberculosis o a los experimentos sobre espiritismo y la posibilidad de accionar a distancia y mediante el pensamiento, se encuadran en esta categoría, eventos y situaciones que son siempre analizados a la luz de los criterios científicos experimentales. Las visitas a centros de estudio y hospitales también podrían agregarse a este grupo, aunque los encuentros, de rigor en la época, con personalidades ilustres, líderes políticos e intelectuales, estarían en la frontera entre las crónicas de arte, las científicas y las de tema social y político.

Entre las últimas cabe incluir la recensión de una manifestación anticlerical en París –no por antirreligiosa menos despreciable para Ingenieros, para quien toda forma de masividad era irracional y un gesto, en última instancia, conservador, de acuerdo con una idea que cristalizaría tiempo después en *El hombre mediocre*–, la síntesis de las opiniones políticas de los campesinos franceses o la tragicómica «Las fatigas de un huelguista», además de todas aquellas que reseñan el acontecer del partido socialista italiano, sucesos que Ingenieros se esfuerza en interpretar a la luz de las nascentes ciencias sociales y defendiendo una posición que por ese entonces hacía suya: la propia de un reformador progresista, opuesto tanto al anarquismo como al marxismo ortodoxo.

En todos estos textos y recorridos estéticos, científicos y políticos, intelectuales en sentido amplio, es la vinculación de Ingenieros con el saber, con la tradición letrada, la que permite al viajero practicar una hermenéutica de los lugares visitados imposible para quien careciera de cierto capital simbólico. De ahí que Oscar Terán haya señalado, en acertada formulación, el hecho de que en Ingenieros pervive «el mito romántico del intelectual como una naturaleza tan marginal como excepcional por su capacidad

para descifrar las esencias del mundo y los signos de una sociedad». ⁹ Un desciframiento que se resuelve en textos que, tomando cierta distancia del *estilo* meramente informativo, pagan su tributo a los cánones del gusto mientras desvelan una singular *erudición*.

Notas

1 De aquí en más, *Italia*.

2 En adelante, *AMC*.

3 Gregorio Weinberg, «De las ideas filosóficas y éticas de José Ingenieros» en *Obras completas*. Tomo VII. Bs. As., Ediciones Mar Océano, 1962, p. 7.

4 Eventualmente, en fechas patrias como el 25 de mayo y el 9 de julio o en ocasiones especiales, se agregaba un «suplemento ilustrado» que explotaba las posibilidades tecnológicas de la fotografía, presente también en otras secciones del diario pero que encontraba en ese suplemento un ámbito especialmente propicio. El diario terminaba dedicando la mitad de sus páginas -o más- a las ofertas de propiedades, campos, subastas de ganado y otras informaciones comerciales relacionadas con el mundo agropecuario. A esto hay que sumar interesantes avisos publicitarios, que iban desde liquidaciones de tiendas de ropa y tónicos para reconstituir los deteriorados nervios de los eventuales lectores hasta curiosas «pilules orientales» para fortificar el «hermoso pecho» que las damas debían lucir según los dictados de la moda de la época, así como remedios contra la sífilis y otras enfermedades venéreas que eran promocionados con verdadero fervor higienista.

5 Seguimos a Susana Rotker en su conceptualización de la crónica como un género que permitió el encuentro del periodismo con la literatura y cuya época fundacional, en las letras hispánicas, coincidió con el movimiento modernista. En el caso de Ingenieros, es evidente que encuadraba sus notas de viaje en *La Nación* en esta tipología discursiva, dado el título que puso a la antología incluida en las obras completas, así como el uso del término en el seno de los mismos escritos, que el lector podrá apreciar en las páginas que siguen. Véase Susana Rotker, *La invención de la crónica*. México, FCE / Fundación para un nuevo periodismo iberoamericano, 2005 [1992], pp. 15 – ss.

6 Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*. México / Bs. As., FCE, 1954, p. 200.

7 Cfr. el libro ya citado de Susana Rotker, pp. 25 y 116. También Julio Ramos. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 2003 [1989], especialmente los capítulos IV y V: «Límites de la autonomía: periodismo y literatura» y «Decorar la ciudad: crónica y experiencia urbana», pp. 82-144.

8 Pedro Salinas citado en Ángel Rama, «Prólogo» a Rubén Darío. *Poesía*. Edición de Ernesto Mejía Sánchez, cronología de Julio Valle-Castillo. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p.XXVII.

9 Oscar Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*. Madrid / Buenos Aires, Alianza, 1986, p. 26.

CRITERIO DE LA EDICIÓN

A la hora de presentar las crónicas de Ingenieros, tomamos algunas decisiones. Entre ellas, quisiéramos destacar las siguientes:

- reproducimos los textos en el orden cronológico con que aparecieron en el diario *La Nación*. Ciertamente, podríamos haber elegido otro ordenamiento, pero consideramos que de este modo el lector tendrá un panorama más claro de la frecuencia y disposición temática de las crónicas tal como fueron publicadas originalmente;
- consignamos, en notas al pie, las variantes textuales registradas en ediciones posteriores, particularmente en los libros *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte* (Valencia, Sempere, 1906) y en *Al margen de la ciencia* (Bs. As., Lajouane, 1908). Exceptuamos de esta confrontación la versión de las obras completas, por considerar que es fácilmente asequible para los lectores interesados en estos temas, a diferencia de las ediciones de 1906 y 1908;
- siempre mencionamos esos libros en forma abreviada: *Italia* y *AMC*, respectivamente;
- cuando agregamos o corregimos alguna letra (por considerar que hubo una clara errata tipográfica), usamos corchetes [];
- modernizamos la acentuación, especialmente de los monosílabos;
- cuando las modificaciones entre una edición y otra parecen responder a un criterio tipográfico, no las consignamos. Nos referimos con esto al uso de palabras mayúsculas en algunos nombres (exposición / Exposición; correo / Correo) o al empleo de comillas o bastardillas para destacar palabras (en el diario se suelen usar comillas para destacar palabras, muchas de las cuales aparecen con bastardillas en los libros, sobre todo en *Italia*). En ese caso, consignamos simplemente la tipografía que corresponde a la versión del diario;
- no debe creerse que las modificaciones introducidas por Ingenieros en *Italia*, respecto de la edición en el diario, se mantuvieron en *AMC*. Por el contrario, muchas veces hay diferencias entre ambos libros. Por eso mismo, consignamos en cada nota en cuál de los dos libros (o en los dos, si es el caso) se presentan las divergencias respecto de la versión inicial en *La Nación*;
- una de las variantes más frecuentes entre las distintas versiones concierne a la puntuación. Por ejemplo, Ingenieros usa el punto y coma en el diario con excesiva frecuencia, y en los libros transforma esas frases en oraciones independientes, finalizadas con un punto. No consignamos esa clase de variantes porque equivaldría a transcribir varias crónicas casi completas. Nos centramos en variantes léxicas, sintácticas (sobre todo, ordenamientos diversos de las frases) y secciones de los textos que han sido agregadas o suprimidas;
- las bastardillas y comillas son del original;
- en cuanto a la segmentación de las crónicas en secciones marcadas por una breve

línea o asteriscos, la mantenemos de acuerdo con la versión del diario, aunque a veces diverge de la subdivisión de las crónicas en los libros.

Cristina Beatriz Fernández es doctora en Ciencias del Lenguaje, con mención en Culturas y Literaturas Comparadas, por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), Argentina. Docente en la cátedra de Literatura y Cultura Latinoamericanas I de la carrera de Letras en la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP), e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET).

Este libro recoge las crónicas que durante los años de 1905 y 1906 José Ingenieros remitió, desde Europa, al diario La Nación de Bs. As. El autor había viajado como representante argentino al V Congreso Internacional de Psicología que tuvo lugar en la ciudad de Roma, pero su viaje se extendió por más de un año y excedió su motivación original, científica y profesional. Las crónicas que se reúnen en el presente volumen se publican por primera vez en su totalidad y en la versión original. De esta forma, es posible seguir el itinerario de Ingenieros en Europa y adentrarnos en sus ideas estéticas, científicas y políticas, en un momento clave de su trayectoria intelectual. Se procura, en definitiva, invitar a la lectura de uno de los más significativos ideólogos y escritores de nuestro país, protagonista de un momento histórico y cultural fecundo en debates y preocupaciones de distintos órdenes.

